

Óscar Daniel Hernández Quiñones.
“La prodigiosa máquina que aún no aciertan a comprender”. Técnica, industria temprana y experiencia del tiempo. Colombia 1880-1904.

Bogotá: Universidad del Rosario, 2023. 290 páginas.

<https://doi.org/10.15446/achsc.v52n1.117527>

El texto que nos ofrece el historiador Daniel Hernández plantea una reflexión novedosa sobre la forma como se traslapan, una y otra vez, presente, pasado y futuro en la historia de Colombia, a la luz de la secular preocupación por el progreso y el desarrollo económico que, se supone, vendrá de la mano con las innovaciones técnicas y una mentalidad emprendedora renovada.

En efecto, el libro aporta un enfoque histórico bastante sugerente y bien documentado, que tiene como objetivo replantear una inquietud central en nuestra historia nacional, como es el problema del desarrollo económico y la modernización de las estructuras mentales e institucionales de nuestra sociedad, bajo la óptica analítica de la historia conceptual. Remontando a contrapelo las rígidas líneas del tiempo histórico, el texto examina la existencia de una especie de “genealogía de la voluntad tecnificadora”, de carácter progresista y civilizadora entre las elites y la clase política del país casi desde los inicios de nuestra vida republicana independiente; preocupación que iba de la mano con la necesidad de moralizar las clases trabajadoras, superar los atavismos raciales y culturales que dificultaban el desarrollo tecnológico de nuestro sistema productivo, retrasaban la llegada del futuro en la infraestructura productiva, la rentabilidad económica y el bienestar tan anhelado para la población. La periodicidad también juega un papel muy importante en la concepción de este libro, en tanto se enmarca en los primeros años del régimen de la Regeneración, un periodo usualmente sumido en una narrativa de oscurantismo y antimodernidad. Hernández logra mostrar que, durante estos años, tanto desde diversas instancias del Estado nacional como por intermedio de agentes privados, se intentó insertar la fragmentada economía nacional en el “tren” del progreso para no quedarnos rezagados en el proceso civilizatorio de Occidente.

Es precisamente este el punto nodal de las demostraciones que el autor hace en cada capítulo, al mostrar esta modernización como una apuesta “tambaleante” y “ambivalente”. A pesar de que las novedades tecnológicas que se introdujeron en esta época en el país maravillaron tanto a los habitantes de los centros urbanos en formación como a los humildes campesinos de las diferentes regiones por donde atravesaba raudo ese “león con melena de centellas”, se presentaron un sinnúmero de vacilaciones, dificultades por falta de recursos económicos y mano de obra calificada, problemas ocasionados por las guerras civiles del periodo, etc. El autor deja en claro que la recepción y asimilación de toda esta parafernalia modernizadora se enmarcó en un proceso de constante confrontación temporal que permite reconstruir el horizonte mental en el que se anudaban progreso y futuro.

Hernández nos sumerge en esta especie de experimentación moderna del tiempo vivido y el tiempo anhelado y nos invita a rumiar una serie de planteamientos con los que estudiamos los procesos de modernización de la sociedad y de la economía colombiana años atrás. Destaco el diálogo que el autor plantea con textos como los de Frank Safford (*El ideal de lo práctico*), Alberto Mayor Mora (*Ética, trabajo y productividad en Antioquia y Francisco Javier Cisneros y el inicio de las comunicaciones modernas en Colombia*), Diana Obregón (*Sociedades científicas en Colombia*) y Marco Palacios (*La regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XIX*), junto con el trabajo reciente de historiadores como Gilberto Loaiza, Francisco Ortega y Lina del Castillo, entre otros. Esta polifonía discursiva está muy bien presentada y comentada en el texto, lo que fortalece el carácter académico de esta investigación. Pero el autor va más allá, situando sus análisis y su propio lugar de enunciación, entre la historia cultural, la historia conceptual y el emergente campo de la historia de las emociones en los tres acápite que componen su texto: i) Redención: una imagen negociada del futuro, ii) Nuevas heroicidades: el ingeniero y las batallas del presente y iii) Mecanizar la producción, pacificar la sociedad.

En el primer capítulo, la palabra “redención” hace juego constantemente con la palabra “regeneración” en una especie de enunciación mesiánica y “soteriológica”, como si se tratara de una epifanía que anunciaba una nueva etapa en la vida política y material colombiana, entre un sinnúmero de expectativas y discursos grandilocuentes –con loas al progreso–, pero que luego dan paso a las frustraciones y las postergaciones del futuro augurado. Resulta interesante ver cómo al tiempo que se anuncia este “tiempo nuevo jamás experimentado” (p. 53), prevalecen en la Colombia de estos años relaciones laborales precarias –premodernas–, de personas que sobrevivían apenas con un jornal en los campos o en medio del rebusque en algunos centros urbanos en expansión. Otro aspecto interesante por señalar es que, a pesar de los reveses, se proclamaba la necesidad de que los sujetos agentes del cambio cultivaran virtudes personales y cívicas como el esfuerzo, la constancia y la paciencia, ya que el arribo del futuro merecía ser esperado y quizás eso era lo que no se comprendía del todo (p. 62). Se podría decir que este libro aporta una mirada para entender la modernidad a la colombiana, en la que la influencia de la iglesia también

fue bastante significativa durante estos años, lo que permite al autor afirmar –citando a Palacios– la existencia de un “capitalismo católico”, para armonizar el progreso material con el progreso espiritual.

El segundo capítulo hace referencia a los ingenieros como los “próceres” de la modernización. Al respecto resulta muy ilustrativa la cita de Miguel Antonio Caro: “El ingeniero es un soldado que combate contra la naturaleza bravía, y muchas veces sus funciones son más duras y peligrosas que una campaña sangrienta” (p. 120). Se observa un giro muy importante entre las élites del momento respecto a cierto desdén colonial por actividades prácticas, como bien lo documenta el autor. Esta narrativa de heroicidad técnica también tiene un eco de gran trascendencia histórica en la experiencia temporal del pasado, presente y, sobre todo, del futuro. Se podría decir que ese era el nuevo utillaje mental de la época, revestido de un nuevo trasfondo emotivo, que distaba de los afanes e intereses le-guleyos de las rancias oligarquías colombianas. De este modo, las valoraciones épicas del prócer de la independencia fueron transustanciadas al ingeniero, quien se “emancipaba” contras las inercias atávicas de la sociedad. El ingeniero forjaba el futuro en medio de la espesura de la selva, de las altas lomas de las cordilleras, los lodazales y las enfermedades tropicales. El tiempo histórico cambiaba sustancialmente: de un tiempo contemplativo y pasivo se pasaba a un tiempo más activo, al ritmo del vapor, de los trenes y de las comunicaciones, y que estaba “sincronizado” con el inicio de carreras de ingeniería y las primeras exposiciones industriales que se realizaron en el país.

El tercer capítulo es igualmente relevante desde el punto de vista historiográfico, ya que el autor se empeña de manera eficiente y convincente en mostrar cómo las nacientes actividades industriales se constituyeron en un relato alterno para morigerar las pasiones políticas y atizar los conflictos bélicos de la época. En la búsqueda de las innovaciones técnicas siempre estuvo presente la preocupación por la dependencia económica y tecnológica en un país pobre, plagado de odios sectarios partidistas y de recelos entre élites regionales, que se quisieron apaciguar un poco en los primeros años de la Regeneración. En este punto también es interesante destacar la manera en que ciertos sectores menos belicistas de las élites del país empezaron a cuestionar el discurso y la legitimidad de la guerra para remplazarlo por el de la paz y retomar la senda del futuro y el progreso.

En el recorrido temático de Hernández, el cual resalta por el acopio de fuentes consultadas –discursos oficiales, prensa y publicidad de la época, grabados, fotografías, diarios de viajeros, etc–, se percibe la influencia teórica de la obra de Koselleck en temas como la experiencia del tiempo, con su alusión a los espacios de experiencia de las personas de la época –finales del siglo XIX– y los horizontes de expectativa, en el marco de una modernidad en construcción, con sus ritmos de avance y ralentización, dejando en claro que la modernidad se debe entender como una experiencia espaciotemporal situada, lo mismo que el futuro, el progreso y hasta las mismas referencias a las implementaciones técnicas que se requerían en el país para el desarrollo de sus industrias, de los ferrocarriles,

la minería, las comunicaciones. Se observa que todo este escenario se hallaba en permanente construcción, en disputa y negociación, en medio de la euforia y el pesimismo, tanto en tiempos de guerra y de desórdenes civiles, como de paz y concordia.

Mediante el análisis de las semánticas alusivas a la técnica y al futuro, y al rol histórico, mesiánico y redentor de los ingenieros, encumbrados al pedestal de los nuevos adalides y titanes del progreso que reclamaba la nación, el autor logra demostrar la irrupción discursiva de una nueva sensibilidad temporal que emerge en el horizonte mental del siglo XIX, y que según palabras del autor: “alentaron una azarosa carrera de los nuevos sectores dirigentes” para emprender la búsqueda de un nuevo futuro.

Algunos de los planteamientos que desarrolla el autor también lo ponen en diálogo con las hipótesis que Santiago Castro-Gómez plantea en su libro *Tejidos Oníricos*, en lo que concierne a la idea de unas “subjetividades cinéticas”, que se expresaban en la necesidad de adaptación a las innovaciones tecnológicas de la época como al orden social imaginado, más no realizado, por las clases dirigentes del país. En ciertas partes del texto, en especial en las que se hace referencia al rol central de los ingenieros en una sociedad con vocación liberal en lo técnico y lo económico, pero conservadora y católica respecto al orden social, creo que se acerca a la figura del “entrepreneurship”, a la que hace alusión Carlos Dávila en sus estudios sobre empresarios y negociantes en Colombia en los siglos XIX y XX.

Como se señaló anteriormente, Hernández logra presentar, a través de sus fuentes, la experiencia de la técnica como un relato emocional y de un siglo XIX expuesto al cambio y a la contingencia, en la yuxtaposición de “tiempos bisagras” de pasado y futuro. Se palpa la sensación del paso de un tiempo lento, plagado de inercias –que se regulaba por las campanas de las iglesias aldeanas– a un tiempo que se movía al ritmo del reloj de las estaciones del ferrocarril o del pito de las primeras fábricas, al unísono de la prensa que anunciaba las novedades que se traían desde tierras lejanas hasta los más recónditos rincones de la geografía nacional.

Cabe destacar, nuevamente, el aporte de la obra al campo de los estudios sobre modernización en Colombia, pero en especial en el campo de reciente exploración de la historia cultural, la historia conceptual y de las emociones. Podríamos hablar de una nueva sensibilidad histórica que se pregunta por las diversas formas de experiencia y comprensión de los tiempos históricos, más allá de las rígidas demarcaciones de los historiadores tradicionales. Hay un legítimo interés académico por parte del autor para aproximarnos a las maneras como se enunciaban, defendían, promovían y recibían ciertas ideas de futuro, de progreso, de paz y de bienestar.

➔ JHON JAIME CORREA RAMÍREZ

Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia

jjcorrea@utp.edu.co | <https://orcid.org/0000-0002-1741-6534>